

gobierno de Madrid no inspiraba la menor confianza; cierto que Cataluña se habría sustraído gustosa á las órdenes del Centro; pero esto no quitaba para que se declarase pronta á poner en pie de guerra ciento cincuenta mil hombres contra los franceses. Quizás se hubiese llegado á la ruptura entre el Principado y la corte sin la cordura del sucesor de la Unión, el general Urrutia, militar hábil y enérgico, que llevó á cabo, con tino y prontitud, un armamento popular de ochenta mil hombres. Favorecióle para sus operaciones la torpeza del jefe francés, Perignon, el cual, en vez de perseguir los restos del ejército vencido en Figueras, puso sitio á Rosas, plaza fuerte de la costa, única que en toda esta campaña dió ejemplo de una resistencia heroica no capitulando hasta principios de Febrero. Todo este tiempo lo aprovechó Urrutia en reconstituir, detrás del Fluviá, sus regimientos desbandados y organizar en vasta escala las huestes del pueblo catalán.

Mientras que de esta suerte el pueblo y el ejército rivalizaban en actividad y patriotismo, la corte de Madrid seguía ofreciendo el triste espectáculo de una «frivolidad imprevista y de una incapacidad repugnante». Godoy se engolfaba en un torbellino de placeres y desórdenes vergonzosos para calmar el terror que le causara el desastre de Figueras, y en cuanto á la reina, las repetidas instancias del ministro de Marina, Valdés, por la paz, la fortalecían más y más en el proyecto de continuar la guerra, porque no admitía que «un contradictor español pudiese tener razón contra su favorito». En el mes de Diciembre, Tallien hizo saber oficiosamente á la corte de Madrid, que Francia estaba dispuesta á concluir la paz sin exigir cesión de territorio, con la condición tan sólo de que España se separase de Inglaterra: proposiciones que Alcudia rechazó, no por altivez ó certeza de vencer, si hemos de creer al conde de Caneda, pues se habría tenido por muy dichoso con verse libre de las preocupaciones que le proporcionaba la guerra, sino porque «sentíase incapaz aquella corte del pequeño esfuerzo requerido para obtener la paz y una sólida neutralidad». «La reina quiere la paz, escribía el embajador de Prusia; el rey no quiere nada; Godoy, joven é inexperto, cree que se puede hacer la paz y la guerra por los mismos medios, y espera una decisión no sé de dónde». Al fin, el conde Cabarrús, suegro de Tallien, logró anudar secretamente los hilos de una negociación, á la que dieron en el mes de Febrero poderoso impulso las noticias de la conquista de Holanda y de la partida del embajador prusiano Goltz para Basilea. Entonces volvió Godoy á sus amigos recelos contra Inglaterra; se reconcilió con Valdés, y en un gran Consejo de ministros celebrado el veintidós de Marzo del noventa y cinco, en presencia del rey y de la reina, se propuso formalmente concluir la paz con Francia, poniendo por única condición la libertad de los dos vástagos reales. Todos aplaudieron la proposición, á excepción del rey Carlos, á quien no se había dicho todavía una palabra acerca de la paz y que ahora se rebeló contra ella, por su repugnancia á tratar con regicidas; pero la reina le tranquilizó nombrándola las capillas destruidas y devastadas por la guerra y probándole que la misma

Iglesia demandaba imperiosamente la paz. Don Domingo de Iriarte, de ideas democráticas y hábil, aunque con sus ribetes de ligero, fué designado para ir á Basilea á negociar con Barthelemi las condiciones del tratado. Con cualquier otro gobierno, este acuerdo hubiese sido el punto de partida de una línea de conducta fija y constante; mas tratándose del gobierno de Godoy, no había que esperar consecuencia en los actos, todo quedaba bajo el imperio del accidente; y así sucedió ahora que, no bien se hubieron despachado las órdenes á Iriarte, como se recibiese la noticia de que iba á concluirse una triple alianza entre Inglaterra, Austria y Rusia, y una nota del gabinete inglés amenazando con la guerra á España si ésta concluía la paz, la corte de Madrid se arrepintió de lo hecho. Pero ya no se podía retroceder. Alcudia tomó el partido más cómodo, que habían de seguir después, para desgracia de nuestra nación, la mayor parte de los políticos: dejar á Iriarte negociar sin mostrar interés en ello, es decir, dejar á los sucesos seguir su curso, ganar tiempo.

En Francia se recibió con satisfacción la noticia de la salida de Iriarte para Basilea, y se enviaron á Barthelemi instrucciones no menos categóricas que las que habían servido para las gestiones con Prusia, á saber: negarse á toda suspensión de armas, imponerse, concluir pronto, no consentir que se hiciese siquiera mención de nada concerniente al gobierno interior de la República, ni de los hijos de Luis XVI, ni de los emigrados, ni de la Iglesia, y en todas las demás cuestiones, como indemnizaciones, fronteras y gastos de guerra, pedir lo más posible y no conceder sino lo absolutamente indispensable. No tardaron en reconocer los embajadores cuán difícil había de serles entenderse. Barthelemi manifestó que la Convención estaba pronta á evacuar los países ocupados allende los Pirineos, pero que exigía en América la cesión de la Luisiana y de la parte española de Santo Domingo. Iriarte rechazó ambos extremos, y pidió á su vez una pensión para los príncipes franceses, la libre entrada de los emigrados y el reconocimiento de la Iglesia católica. Todo se lo negó Barthelemi en redondo, y le expresó que no podía consentir la menor alusión á los asuntos interiores de Francia. Iriarte cedió, pero insistió con energía en un punto que era para su soberano cuestión de honor, de religión, hasta de fanatismo, en la suerte de los vástagos reales prisioneros en el Temple. Tampoco sobre este extremo cabía arreglo. Declaraba Barthelemi que le era imposible á la República entregar un pretendiente tan peligroso como el Delfín en manos de un gobierno extranjero, é Iriarte declaraba igualmente que le era imposible á su rey dejar de interesarse por la suerte de sus más próximos y más augustos parientes. La muerte del desgraciado príncipe, ó del niño mudo, ocurrida á la sazón, el ocho de Junio, cortó esta cuestión, verdaderamente insoluble. Quedaba en el Temple la única persona superviviente de la familia real, la hermana primogénita del difunto Delfín, la joven princesa conocida antes en la corte con el nombre de «Madama Real», y que más adelante será la duquesa de Angulema. El primer pensamiento de Iriarte fue pedir la libertad de la princesa, lo que, á pesar de no implicar

ningún peligro para la República, era difícil que concediese el Comité á instancia de un gobierno extranjero, por estimarlo atentatorio á la dignidad nacional. Sin embargo, cada día más ganoso de la paz, para poder disponer del ejército de los Pirineos, el Comité ofreció al emperador Francisco II el cange de la princesa por los diputados que Dumouriez había entregado á los austriacos, y por si el gabinete de Viena no aceptaba la oferta, se allanó á añadir al tratado un artículo separado y secreto, concebido en estos términos: «La República francesa, en consideración al interés que el rey de España le ha manifestado por la suerte de la hija de Luis XVI, consiente en entregársela, si la corte de Viena no acepta el arreglo que le ha propuesto». No llegó á incluirse este artículo, porque el emperador aceptó antes de que se firmase el tratado. Arreglados los asuntos de familia, se pasó á la cuestión política. Francia insistía en la cesión de la Luisiana y Santo Domingo, de la que el embajador español no quería oír hablar, y España pedía ser reconocida como mediadora entre la República y los soberanos italianos, sobre todo el Papa, lo que Barthelemi tenía orden formal de no escuchar. Mientras tanto, los ejércitos franceses corrían de triunfo en triunfo en los Pirineos occidentales, al extremo de que el Comité de Salvación pública habría roto probablemente las negociaciones, sin la necesidad, cada día más urgente, de enviar refuerzos á Italia, donde se esperaba que iba á decidirse la suerte de Austria y de Europa.

El general Moncey, comandante en jefe de las tropas francesas que operaban en el oeste de la cordillera Pirenaica, tenía unos cuarenta mil hombres á sus órdenes, mientras que el príncipe de Castelfranco, jefe del ejército español, apenas contaba treinta mil, y éstos, teniendo que proteger á un tiempo á Navarra y á Vizcaya, dispersos y fragmentados en infinidad de pequeños destacamentos, apartados los unos de los otros. A fines de Junio, Modcey pasó el Deva, que separaba los dos ejércitos, y atacó enérgicamente el cuerpo de Vizcaya, mandado por el general Crespo; luego, lanzando parte considerable de sus fuerzas contra el destacamento que defendía á Navarra, lo arrinconó á lo lejos en lo interior del país, incomunicándolo por completo. En esta situación, érale imposible á Crespo oponer firme resistencia á su adversario. Los franceses avanzaron en seguida hasta Vitoria, el Ebro y las fronteras de Castilla, por una parte, y por la otra, se apoderaron de Bilbao. El terror dominó ahora en Madrid, al extremo de encadenar la reflexión. De nada sirvió que, en Cataluña, Urrutia hubiese resistido con valor y fortuna, en un sangriento encuentro, á Scherer, el nuevo comandante del ejército del Este; de nada sirvió que, en la Cerdeña, Cuesta llevase de vencida á los republicanos; la corte de Madrid, inmediatamente después de las victorias de Moncey, se apresuró á comunicar á su embajador en Basilea nuevas instrucciones, que lo allanaron todo, firmándose la paz el veintidós de Junio. Por ella, Francia restituía todas las plazas y países conquistados en territorio español durante la guerra; renunciaba á sus pretensiones sobre la Luisiana, y aceptaba

la mediación de España en favor del rey de Portugal, que Inglaterra había forzado á entrar en la coalición, del rey de Nápoles, del duque de Parma y de los demás soberanos italianos, incluyéndose al Papa en artículo especial y secreto. España cedía la parte que poseía de la isla de Santo Domingo, y se comprometía á suministrar anualmente, durante cinco años, cien caballos padres andaluces, cien moruecos y mil carneros llanos merinos, con los que los franceses regeneraron sus razas.

De la paz se pasó á la alianza. Los intereses internacionales que habían suscitado el pacto de familia entre los Borbones de Francia y de España, sobrevivían á la monarquía francesa; ahora como antes, las dos naciones estaban interesadas en unirse contra las pretensiones de Inglaterra á ejercer un dominio tiránico en todos los mares. Por extraño que parezca, el gobierno español fué el primero en pasar la barrera de sangre que el cadalso de Luis XVI había levantado entre el rey de España y la República francesa. Inmediatamente después de firmada la paz, Iriarte expresó, en nombre de su soberano, el deseo de que se reanudase entre los dos Estados la alianza que en otro tiempo había unido á los Borbones, «al propósito, dijo, de poner, por la unión de las fuerzas de Francia y de España, obstáculo al predominio de Inglaterra en el Mediterráneo y de Austria en Italia».

En Madrid, la paz fué recibida con gran regocijo, y con razón, por haberse obtenido á tan poca costa, gracias no al talento ó celo de Godoy, sino á que urgía á los franceses el llevar á Italia las tropas de los Pirineos. Godoy se levantó, sin embargo, con la gloria, siendo galardonado con el título de «Príncipe de la Paz». ¡Qué corte y qué monarca! También en París causó la paz general alegría: á la población y á los moderados, porque desaparecía un gran teatro de guerra; á los independientes, porque calculaban con satisfacción las ventajas que la libre disposición del ejército de los Pirineos iba á proporcionar á su sistema. «Se aprueban mis planes ofensivos, escribía Napoleón, pronto veremos cumplirse grandes acontecimientos en Lombardía; indudablemente, Cerdeña pedirá la paz, y entonces, sólo dependerá de nosotros el concluir la también con el emperador. Pero, añadía, le pediremos condiciones muy ventajosas, y las obtendremos por la fuerza de las armas». Napoleón fué buen profeta: tal como lo predijo, así sucedió, como veremos más adelante. Ahora debemos volver la vista á los gravísimos acontecimientos que se estaban desarrollando durante este tiempo en lo interior de la República.